

La segunda travesía de Darwin

JOSÉ CARRIÓN

El mejor remedio contra el aburrimiento es aprender algo. La VIII Semana de la Ciencia de la Región de Murcia acaba de demostrar que la ciencia puede ser más divertida que lo que muchos llaman diversión. En vísperas del bicentenario del nacimiento de Darwin, la Fundación Séneca, bajo la emprendedora dirección de Antonio González Valverde y dentro de un amplio programa que continuará en 2009, está honrando el legado intelectual de Darwin con diversas iniciativas de divulgación, gracias a las cuales los murcianos nos hemos adelantado al resto del país.

Dado el reconocimiento del científico, a mí me gustaría reivindicar al hombre. Porque la mitología costumbrista sostiene que Darwin era un tipo ensimismado, distante, aburrido e hipocondríaco, atormentado por sus conflictos internos sobre el papel de Dios en la naturaleza. Sin embargo, un leve cambio de mirada y veremos cómo el personaje de negro y cartón piedra adquiere brillo, movimiento y proximidad.

Darwin iba para fracaso. No destacó en la escuela y para su padre, el potencial del muchacho no era para tirar cohetes: «Nunca serás nada –le reprendió una vez–, lo único que te preocupa es cazar, los perros y matar ratas, te convertirás en una vergüenza para ti mismo y para tu familia». Su padre intentó que estudiara medicina en Edimburgo y luego teología en Cambridge, pero Charles sólo demostró habilidades recolectando insectos, disecando pájaros y jugando a las cartas.

El famoso viaje en el Beagle (1831-1836), muy arriesgado (esos barcos se denominaban *ataúdes flotantes*), fue en realidad un calvario: siempre andaba mareado y tuvo que ingeniárselas para organizar su material de trabajo en



MIKEL CASAL

«El secreto de Darwin estriba en su capacidad infantil para maravillarse. No viajó más porque su salud empeoró probablemente por una infección tropical»

un camarote diminuto. Sin duda los descubrimientos del viaje le impactaron, pero tras su vuelta a Londres, preocupado por apuntalar la información, tardó veinte años en publicar el *Origen de las Especies*. Luego llegaron las tergiversaciones. Desde profesores de economía hasta abogados y políticos, utilizaron su trabajo para justificar la esclavitud y la competencia mercantil sin escrúpulos. Otros aprovecharon para denunciar afrentas contra las creencias religiosas, aunque ni Darwin ni la evolución traten sobre origen de la vida en el Universo; ésta es una cuestión filosófica. Y

aún así, dos siglos después, el fundamentalismo creacionista sigue buscando fisuras aprovechando la ola de ignorancia que nos asola. Hay mucha gente –equivocada– que piensa que la ciencia puede hacerlo todo. Pero son más peligrosos los que temen que así sea.

Hoy el concepto darwiniano de evolución adaptativa lo impregna todo (*el aire hace al águila* decía Goethe) y el genio prevalece. Pero pocos saben que Darwin fue también excepcional en su capacidad para mantenerse al margen de polémicas y halagos: era modesto, amable, tolerante, ocurrente y alegre en la intimidad; no perteneció a ninguna escuela de pensamiento y nunca se interesó por el poder o la gloria.

El secreto de Darwin estriba en su capacidad infantil para maravillarse. No viajó más porque su salud empeoró tras su regreso a Londres, probablemente por una infección tropical. Pero sí que hubo un viaje hacia dentro que podría transcribirse en las runas góticas de Tolkien, una travesía afanosa por lo que él denominaba *mis experimentos tontos*. En su paisaje interior, nunca dejó de ser un aventurero, un alma contemplativa, de

esas que viven tumultuosamente haciéndose preguntas. Y él lo sabía: «cuando me vea obligado a renunciar a la observación y a la experimentación, moriré». Y así sucedió el 19 de abril de 1882, a los 73 años. Curiosa travesía que le condujo felizmente a la razón antes de alcanzar la tumba. Porque, en cualquier viaje, el balance lo es todo.

José Carrión
es profesor de Evolución.
Universidad de Murcia

